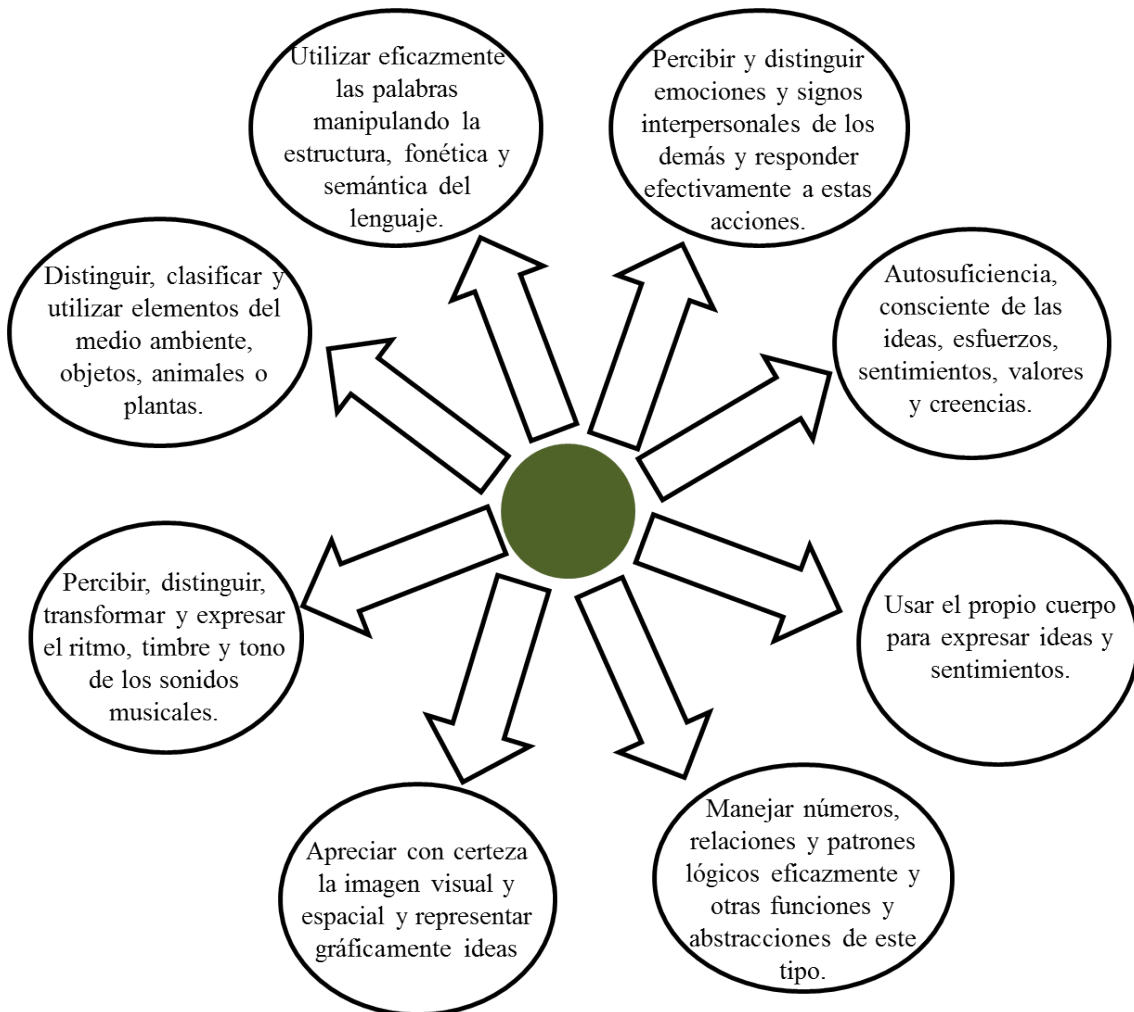


ANEXO I

Teoría de las Inteligencias Múltiples de Gardner

En 1993, Howard Gardner publica el libro “Multiple Intelligences. The theory in practice” donde llega a la conclusión de que la inteligencia no es algo innato sino que está localizada en diferentes áreas del cerebro y puede desarrollarse si encuentra unas condiciones ambientales adecuadas para ello (Muñoz, 2011).

De entre todas las inteligencias que distingue Gardner, son la inteligencia interpersonal y la intrapersonal las que más nos interesan en nuestro ámbito, pues están directamente relacionadas con el desarrollo emocional. Sin embargo, y dado que todas las inteligencias se encuentran interconectadas entre sí en el cerebro, en el siguiente espacio se propone una breve explicación de la clasificación de inteligencias que este autor nos ofrece, siendo necesario desde la escuela impulsar el desarrollo de todas y cada una de ellas para formar personas verdaderamente íntegras e inteligentes.



ANEXO II

Dos Cenicientas diferentes

La versión de Perrault de *La Cenicienta*, incluida en Cuentos de Mamá Oca (1697), es una de las primeras elaboraciones literarias del relato. Poco después apareció la versión recogida por los hermanos Grimm en 1812, quienes presentan una interpretación alemana muchos menos compasiva que la versión francesa de Perrault. El perdurable atractivo de *La Cenicienta* no sólo se deriva del paso de la miseria a la riqueza que atraviesa la heroína, sino también de la conexión que establece el relato con los conflictos familiares clásicos: los celos y la rivalidad entre hermanos.

Parte del poder de los cuentos de hadas proviene no sólo de las palabras, sino también de las imágenes que incorporan. Las ilustraciones que acompañan a *La Cenicienta*, *Caperucita Roja* o *Jack y la mata de judías* en las ediciones antiguas de cuentos de hadas clásicos tienen una fuerza estética que desencadena una emoción rara vez presente en la obra de los ilustradores contemporáneos, razón por la cual he recurrido a esas imágenes para mostrar algunas secuencias de estos cuentos.

Arthur Rackham, Gustave Doré, Edmund Dulac, Walter Crane, Edward Burne-Jones y otros crearon ilustraciones que no sólo nos proporcionan placer visual, sino que constituyen también poderosos comentarios de los cuentos al interrumpir el flujo del relato en los momentos críticos y ofrecer la posibilidad de ir más allá en la reflexión e interpretación de la historia.

Dada la prolongada extensión de cada una de estas dos versiones de la historia de Cenicienta, en el siguiente espacio se destacan tan sólo algunos de los fragmentos que aparecen en estos relatos y que sin duda son objeto de análisis, pues entre sus líneas esconden auténticas esencias emocionales.

***La Cenicienta* (Perrault, 1697)**

Érase una vez un gentilhombre que se casó en segundas nupcias con la mujer más altiva y orgullosa que se viera jamás. Tenía ella dos hijas de su mismo carácter y que se le parecían en todo. El marido tenía, por su parte, una hija joven de dulzura y bondad sin par; las heredaba de su madre, que había sido la mejor persona del mundo.

La menor de las muchachas, aunque parezca ser la más débil, resultará siempre la más afortunada, pues el destino le devolverá la felicidad de la que no pudo disfrutar nunca antes.



La madrastra la empleó en los menesteres más duros de la casa: a ella le tocaba fregar la vajilla y las escaleras, sacar brillo a los cuartos de la señora y de las señoritas: dormía en lo alto de la casa, en un granero, sobre un triste jergón.

No resulta necesaria ninguna descripción más para apreciar la desgracia a la que Cenicienta se ve sometida. Escuchando estas palabras, ¿qué niño no sentiría pura compasión de la muchacha?

Llamaron a la Cenicienta porque sabían que tenía buen gusto. La Cenicienta les aconsejó maravillosamente y hasta se ofreció a peinarlas; lo cual ellas aceptaron de grado.

Y para colmo de la situación, Cenicienta sin rechistar aconseja a sus envidiosas hermanastras sobre los peinados que pueden llevar para estar más guapas. Pesa al mal trato que recibe todavía le queda bondad en su corazón para querer a sus hermanastras.

Por fin, llegó la tan ansiada fecha, y salieron para allá; la Cenicienta las siguió con la mirada hasta perderlas de vista; luego, se echó a llorar. Su madrina, que la vio hecha un mar de lágrimas, le preguntó qué le pasaba



La madrina, quien encarna a la madre biológica de la muchacha, se apiada del llanto de la niña y gracias a sus poderes mágicos le concederá todo aquello que desee.

Su madrina la tocó con la varita y en un instante aquellos harapos se convirtieron en un vestido de tela de oro y plata, recamado con piedras preciosas; le proporcionó luego un par de zapatillas de cristal, de lo más bello del mundo.



Si ya de por sí la belleza de la niña es espectacular, imaginémonos ahora lo deslumbrante que estaría Cenicienta cuando su hada madrina la viste con espléndidos ropajes. Las zapatillas de cristal son el símbolo de la identidad que la caracteriza.

El príncipe salió corriendo detrás de ella, pero no consiguió darle alcance; en la huida había perdido una de sus zapatillas de cristal y él la recogió con todo cuidado.



Por fin llegó el momento más tenso de la historia. Cenicienta sale apresurándose del palacio para que el Príncipe no logre darle alcance, pero afortunadamente y aunque parezca lo contrario desde el punto de vista de la pobre muchacha que ha perdido su zapato, este incidente es un golpe de suerte para la niña.

La Cenicienta, que estaba presente mirándolas, y que había reconocido su zapatilla, dijo sonriendo:

-¿Y si me la probara yo, a ver si me sirve?

Aún sabiendo que está en lo cierto y que ésa es la zapatilla que había llevado al baile puesta en uno de sus pies, la humildad de Cenicienta no le permite exigir en ningún momento el querer probársela, sino que lo pide modestamente y como una sugerencia.



Las dos hermanas se echaron a reír y empezaron a burlarse de ella. Pero el gentilhombre encargado de probar la zapatilla, después de mirar atentamente a la Cenicienta y darse cuenta de lo

bella que era, dijo que tenía perfecto derecho, que a él le habían dado orden de que se la probase a todas las muchachas del contorno.

La justicia siempre llega. Por mucho que las hermanastras no paren de reírse, aparecerá en un momento u otro algo o alguien que vea más allá de cuatro harapos descosidos.



Cuando sus hermanastras reconocieron en ella a la bella desconocida del baile, se arrojaron a sus pies, pidiéndole perdón por los malos tratos que le habían hecho sufrir. La Cenicienta las levantó del suelo, las besó y les dijo que las perdonaba de todo corazón, que sólo les pedía que no volvieran a quererla mal.

Cualquiera diría que esta muchacha hubiese estado sometida a tales maltratos por parte de su madrastra y sus hermanastras, pues teniendo ahora un poder absoluto sobre ellas, apenas impone ningún castigo ejemplar por el daño emocional que le han causado. El perdón puede llegar a límites inimaginables.



María Tatar, 2003

Ilustraciones de George Cruikshank, 1854

Poco tiempo después los hermanos Grimm recopilaron una versión de *La Cenicienta* mucho más despiadada que la de Perrault, describiendo con detalle cómo la sangre se desparrama por los zapatos de las hermanastras después de que éstas intentan cortarse el talón y los dedos para que los pies se ajusten a la zapatilla.

***La Cenicienta* (Grimm, 1812)**

La esposa de un hombre muy rico estaba enferma. Cuando sintió que iba a morir, llamó a su única hija y le dijo:

-Querida hijita, continúa siendo piadosa y buena, que Dios te ayudará, y yo miraré desde el cielo por ti. Después de esto, cerró los ojos y murió. La niña iba todos los días a la tumba de su madre a llorar, y continuó siendo buena y piadosa.

A pesar del trágico momento de la muerte de su querida madre, la promesa que ésta le hace antes de morir es un consuelo para una niña que acaba de perder a su ser más amado.



Arthur Rackham, "La Cenicienta", 1919.

Cenicienta, anhelante, mira por la ventana de su buhardilla. Princesa descalza, tiene un encanto infantil, lo que es un buen presagio de su ascenso a la riqueza.

El marido de la muerta tomó por esposa a otra mujer. Desde aquel día, la niña se vio obligada a trabajar duramente de la mañana a la noche, acarreando agua, encendiendo el fuego, cocinando y fregando desde el amanecer. No contentas con esto, las hermanastras se burlaban de ella siempre que podían, echaban guisantes y lentejas entre las cenizas de la cocina y la obligaban a recoger las legumbres una por una.

Ya no es que la traten como una sirvienta, es que para colmo la envidia de las hermanastras hacia la belleza de Cenicienta les lleva a adoptar actitudes verdaderamente burlescas mofándose continuamente de la desdichada niña.

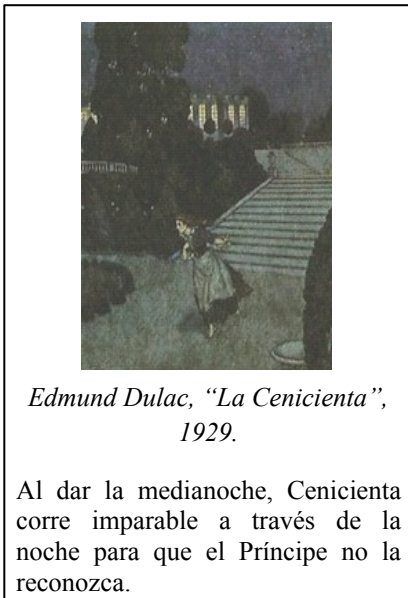
-¿Y tú, Cenicienta?- preguntó a su hija.- ¿Qué quieres que te traiga?
-Quiero, padre mío, que me traigas la primera rama que roce tu sombrero en el viaje de vuelta. Al llegar a su casa, Cenicienta le dio las gracias y corrió a la tumba de su madre, donde plantó la rama. La regó con sus lágrimas y en poco tiempo vio crecer un precioso arbusto.

Simbólicamente, lo que está haciendo crecer Cenicienta con sus lágrimas es el amor de su auténtica madre, que la protegerá de los acontecimientos adversos y le proporcionará toda la ayuda que necesite.

-Péinanos con primor, limpia nuestros zapatos y riza nuestros bucles, pues vamos a ir a la fiesta del palacio del Rey.

Cenicienta obedeció llorando, pues también a ella le hubiera gustado ir al baile del palacio del Rey, y rogó a sus hermanastras que la dejaran ir con ellas.

La Cenicienta de la historia anterior responde amablemente a las demandas de sus hermanastras, pero en esta versión de los hermanos Grimm las penas emocionales de la muchacha se manifiestan a través de sollozos y lamentos.



Edmund Dulac, "La Cenicienta",
1929.

Al dar la medianoche, Cenicienta corre imparable a través de la noche para que el Príncipe no la reconozca.

Apenas se encontró sola en casa, Cenicienta corrió a la tumba de su madre, bajo el avellano, y exclamó:

-Árbol querido, rico tesoro, vísteme pronto de plata y oro.

Entonces bajó un pájaro, trayendo en el pico un vestido de plata y de oro, y un par de zapatitos bordados de oro y de plata, que puso a sus pies.

A diferencia de la versión de Perrault en la que es un hada madrina la que encarna el personaje de su madre biológica, en este cuento tanto el árbol como el pájaro son símbolos representativos de la protección de la madre.

-Sólo será mi esposa la que sea capaz de calzarse este zapatito de oro.

La mayor se retiró a su habitación y trató de ponerse el zapato ayudada por su madre, pero le sobraba el dedo gordo y no podía meterse el zapato. Entonces la madre fue a buscar un cuchillo y dijo:

-Córtate el dedo gordo; cuando seas Reina irás siempre en carroza y no lo necesitarás.

Vemos en este fragmento hasta dónde puede llegar la ambición de la madrastra y sus hijas por convertirse en las esposas del Príncipe. Una madre bondadosa jamás permitiría que le ocurriese nada malo a sus hijas, ni siquiera para alcanzar una gran fortuna.

Sin embargo, al pasar por el jardín, ante la tumba, dos palomas se levantaron de un avellano cantando:

*-Pi-ti-ri-ti, mira para aquí;
Pi-ti-ri-tás, mira para atrás,
y rastro de sangre verás.
la novia que llevas no es la verdadera;
lo es la que en casa todavía espera.*

Aunque las palomas no dejan claro cuál es la verdadera novia, entre sus cantos asoma la verdad, pues le están diciendo directamente al Príncipe que debe regresar de nuevo a la casa y buscar a la que verdaderamente es la auténtica princesa.

Al celebrarse la boda, las dos pérfidas hermanas rogaron a Cenicienta que las perdonara, deseosas de participar de su gran fortuna. Al salir el cortejo para la iglesia, la hermanastra mayor iba a la derecha de la novia y la menor a la izquierda, mas vinieron las palomas y les picaron a cada una en un ojo. Y, al salir de la iglesia, la mayor iba a la izquierda y la menor a la derecha, mas las palomas les picaron a cada una en el otro ojo. Y así, su maldad y perfidia quedó castigada, dejándolas ciegas para el resto de sus días.

Después de la tormenta siempre llega la calma, y eso es precisamente lo que ocurre en la historia de *La Cenicienta* de los Grimm. En este caso las hermanastras sí son castigadas por sus perversos caracteres recibiendo su merecido acorde con los desprecios que la bella muchacha recibió.

(Traducción de María Luz Morales, 1999)